



HAL
open science

La naturaleza en la biblioteca: los Herbarios de El Escorial y las colecciones de Diego Hurtado de Mendoza

Elisa Andretta, José Pardo Tomás

► **To cite this version:**

Elisa Andretta, José Pardo Tomás. La naturaleza en la biblioteca: los Herbarios de El Escorial y las colecciones de Diego Hurtado de Mendoza. Cuadernos de Historia moderna, 2023, Estudios, 48 (1), pp.37-56. 10.5209/chmo.80125 . halshs-03912541

HAL Id: halshs-03912541

<https://shs.hal.science/halshs-03912541v1>

Submitted on 6 Jan 2023

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

La naturaleza en la biblioteca: los herbarios de El Escorial y las colecciones de Diego Hurtado de Mendoza

Elisa Andretta (LARHRA, Lyon)

José Pardo-Tomás (IMF-CSIC, Barcelona)^{1*}

Introducción

En la dedicatoria a Diego Hurtado de Mendoza (1504-1575) de las *Antigüedades de España* (1575), el cronista cordobés Ambrosio de Morales (1513-1591) reflexionaba acerca de cómo la trayectoria formativa y las inquietudes intelectuales del dedicatario quedaban reflejadas de forma contundente en su biblioteca personal:

[...] Y verdaderamente lo de las letras y doctrina de VS llega a ser increíble, sino a quien familiarmente lo goza. Yo, que he recibido esta merced y he entendido en particular la estraña diligencia de VS en los estudios, puedo dar algún testimonio dellos. Aviendo estudiado VS las tres lenguas Latina, Griega y Aráviga en Granada y Salamanca y después allí los derechos civil y canónico, y aviendo andado buena parte de España para ver y sacar fielmente las piedras antiguas della, se passó en Italia, donde siguiendo la guerra, en el grado que su persona merecía. Así, repartía el tiempo del año, que, assiendiendo los veranos en la guerra, los inviernos se yva a Roma y a Padua y a otras universidades, donde avía insignes maestros, como eran Augustino Nympho, Montesdoca y otros, para oyrles lógica, philosophía, y mathematicas. Con adelantar y leer VS después tanto en todo, que nadie lo podrá creer sino quien, como yo, uviere visto en su riquíssima librería los libros que ha passado y notado de su letra [...] Assí se veen en su librería, agora que está toda junta, dos y tres obras de unos mismos autores, rayadas y notadas de su mano. Porque el

^{1*} Este trabajo se ha llevado a cabo en el marco de los proyectos “Saberes de las dos Indias. La materia medica en el mundo colonial ibérico, ss. XVI-XVII” (IberMatMed PID2019-106449GB-I00), financiado por la Agencia Española de Investigación; y “Babel Rome. La nature du monde et ses langues dans la Roma du XVIe siècle”, financiado por la Ecole française de Rome, el Centre Alexandre Koyré (EHESS, Paris), el Laboratoire de Recherche Historique Rhône-Alpes y el Labex CoMod, ambos de Lyon. Una versión previa fue presentada en el Simposio Internacional ‘Artializenature, naturalize art’. When plants and other creatures become living books”, celebrado en Yale University, el 30 de abril de 2021. Agradecemos a Dominique Brancher, organizadora del simposio, así como a los participantes en el debate, los comentarios y sugerencias que nos hicieron que han contribuido a dar forma definitiva a este artículo.

leer y estudiar era siempre el mayor entretenimiento de VS, este era el descansar de negocios y aliviar de trabajos².

Morales celebraba las cualidades intelectuales de don Diego, poniendo especial énfasis en el celo extraordinario con que se había dedicado a sus estudios, que para el antiguo embajador eran la manera de satisfacer su ansia de sabiduría y, a un tiempo, la vía para desconectar de esos negocios y trabajos que habían caracterizado su agitada vida. Una vida que, por cierto, se aproximaba a su fin, pues Diego Hurtado de Mendoza falleció el 14 de agosto de ese mismo año de 1575 en el que Morales escribía su dedicatoria³. En ella, Morales repasaba en pocas líneas la amplitud de los intereses principales de Hurtado –de las lenguas al derecho, de las antigüedades a la filosofía natural y las matemáticas–, mencionaba cuatro lugares significativos en la formación del poeta y diplomático –Granada, Salamanca, Roma y Padua–, pero sobre todo insistía en que el espacio físico preciso donde todo ello quedaba reflejado era la biblioteca, que él había frecuentado –como muchos otros eruditos y humanistas españoles, italianos y de otros orígenes a lo largo de los años– y de cuyos manuscritos y libros impresos se había beneficiado⁴. La biblioteca encarnaba la intensa relación de su propietario con los saberes, el lugar privilegiado de su *otium* y el de sus amigos e invitados, con quienes dio forma y sentido a sus diversos proyectos intelectuales⁵.

Similares elogios a la figura y a la biblioteca menudearon entre los humanistas que en algún momento u otro integraron el círculo de personas autorizadas a compartir los tesoros de la

² Morales, A. de: *Las antigüedades de las ciudades de España. Que van nombradas en la Coronica, con la averiguación de sus sitios, y nombres antiguos*, Alcalá de Henares, En casa de Iuan Iñiguez de Lequerica, 1575, ff. 3v-4r.

³ Aunque la portada de la obra de Morales lleva fecha de 1575, la puesta en circulación se debió retrasar considerablemente, pues la fe de erratas lleva fecha de 31 de mayo de 1577 y el colofón, tras la “Tabla” y el “Añadido” (ff. 130v-131v) dice: “En Alcalá de Henares, por Juan Iñiguez de Lequerica, 1577”. Carecemos de una biografía actualizada y reciente sobre Diego Hurtado de Mendoza, que dé cuenta de sus complejos intereses intelectuales y reúna lo que en las últimas décadas han aportado distintos estudios acerca de las mismas, entre otros: Pastore, S: “Doubt and Unbelief in the Early Modern Era. Diego Hurtado de Mendoza and the Spanish Tradition”, en Nord, P.; Guenther, K.; Weiss, M. (eds.), *Formations of Belief: Historical Approaches to Religion and the Secular*, Princeton University Press, 2019 pp. 67-84 y Agulló y Cobo, M.: *A vueltas con el autor del Lazarillo. Con el testamento y el inventario de bienes de Don Diego Hurtado de Mendoza*, Madrid, Calambur, 2010. Siguen siendo fundamentales los estudios clásicos sobre su figura: González Palencia, A. y Mele, E.: *Vida y obras de Don Diego Hurtado de Mendoza*, 3 vols., Madrid, Instituto de Valencia de Don Juan, 1941-1943; Spivakowsky, E.: *Son of the Alhambra*, Austin, University of Texas Press, 1970.

⁴ En la época en que describe la biblioteca de Hurtado de Mendoza, Ambrosio de Morales era una de las figuras culturales más destacadas del entorno de Felipe II. Para una reconstrucción de su perfil biográfico e intelectual, véase, Sánchez Madrid, S.: *Arqueología y humanismo: Ambrosio de Morales*, Córdoba, Servicio de publicaciones de la Universidad de Córdoba/Diputación de Córdoba, 2002. La relación entre los dos humanistas aún no ha sido estudiada en detalle. Para algunas indicaciones en este sentido, véase, González Palencia y Mele, *op. cit.* I, pp. 217-218.

⁵ Andrés, G. de: “La biblioteca de don Diego Hurtado de Mendoza (1576)”, *Documentos para la Historia del Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial*, 7, 1964, 235-323. Véase también el más reciente trabajo de Gulizia, S.: “Diego Hurtado de Mendoza and the Shifting Telos of Traveling Libraries”, *Pacific Coast Philology*, 52.2 (2017), pp. 195-205.

colección del aristócrata granadino. Treinta años antes del texto de Ambrosio de Morales, Juan Páez de Castro (1512-1570) escribía en una carta a Jerónimo Zurita escrita desde Trento, donde Páez y don Diego –entonces embajador en Venecia– se hallaban formando parte de la delegación imperial en el Concilio:

Vengo a lo del señor Diego, que es un gran campo. Yo le besé las manos luego como vino de Venecia [...] me trató muy familiarmente y con grandes ofrecimientos. Después, yo estoy cada día con él y me hace tantas mercedes. Tengo la casa llena de cuantos libros quiero suyos impresos y de mano y sus cartapacios [...] Su erudición es muy varia y extraña; es gran aristotélico y matemático, latino y griego, que no hay quien se le pare. Los libros que aquí ha traído son muchos y son en tres maneras: unos de mano griegos en gran copia, otros impresos en todas facultades, otros de los luteranos; y todos estos están públicos para quien lo pide, si no son luteranos, que no se dan sino a los hombres que tienen necesidad de los ver para el concilio [...] Los libros principales son estos: en griego de mano, *De metallis et iis quae per aquam fiunt, incerti auctoris* ; *Liber legum (...)* ; *Genadii Scholarri De primo Dei cultu* ; *Georgii Monachi Historia (...)* ; *Eusebii lib. 5 de vita Constantini* ; *Georgii Codini De situ et aedificatione Constantinopolis (...)*, *Atticus Platonicus, De differentia Platonis, Aristotelis et Mossis* ; *Aeliani Varia Historia* ; *Iamblicus De secta Pythagoricorum Hypotyposis Pyrrhonicus (...)*, *Bessarionis Varia opera graeca* ; *Aetii lib. XVI, Phocii Patriarchae Enumeration (...)*, *Philonis Judee quaestiones 48* ; *Dionis Historia. Dionisii Halicarnaseos lib. XI*; *Theodori Metochitae super almagestum Ptolemei*. Hay, allende de estos, una infinidad sobre la sagrada escritura, en medicina, en música, en filosofía y en astrología”⁶.

Páez parece deslumbrado por la erudición y sabiduría de quien se convertiría en su patrono durante los largos años de estancia italiana (primero en Trento, luego en Roma) pero, sobre todo, por el contenido de su biblioteca y por la generosidad con que compartía la riqueza y singularidad de su colección con otros estudiosos.

De hecho, los testimonios sobre este doble aspecto no se limitaron a los que le dedicaron los humanistas españoles. En ese sentido, resultan particularmente significativos los de Arnaout van Eynthouts (Arlenius) y Conrad Gessner. El primero, clasicista flamenco formado en Italia, fue quizá la persona que mejor conoció la colección libresca de don Diego en su etapa italiana. Desde al menos los finales de 1542, Arlenio había entrado al servicio del embajador como agente librero y,

⁶ Juan Páez de Castro a Jerónimo Zurita (Trento, 10-08-1545), reproducida en: Domingo Malvadi, A.: *Bibliofilia humanista en tiempos de Felipe II. La biblioteca de Juan Páez de Castro*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, Área de Publicaciones de la Universidad de León, 2011: 319-321. Esta obra constituye, además, la reconstrucción más completa de la figura de Páez de Castro y de sus relaciones intelectuales, incluidas las que mantuvo con Hurtado de Mendoza.

más tarde, responsable de su biblioteca, gestionando, entre otras cosas, las relaciones con los estudiosos que pretendían acceder a los tesoros que en ella se albergaban. La dedicatoria de Arlenio a Diego Hurtado de Mendoza que acompaña la traducción latina de las *Antigüedades judías* de Flavio Josefo a cargo del humanista flamenco se abre con un largo y detallado elogio de las dotes innatas del embajador para el estudio, de su férrea voluntad por aprender, de los esfuerzos invertidos en suelo griego e italiano para reunir valiosos manuscritos antiguos y de la liberalidad con la que se mostraba siempre dispuesto a ponerlos a disposición de los estudiosos⁷. Un año antes de la redacción de esta dedicatoria, Arlenio había mostrado los tesoros de la biblioteca mendocina a Conrad Gessner (1516-1565), de paso por Venecia; de hecho, el médico suizo incluyó más de un centenar de referencias a los mismos en su célebre *Bibliotheca universalis*, comenzada a publicar el año siguiente en Zurich⁸. Entre los otros estudiosos que pudieron consultar o pedir prestados manuscritos y libros impresos de Hurtado de Mendoza encontramos a Antonio Agustín (1517-1586), Alessandro Piccolomini (1508-1578), Antoine Perrenot de Granvelle (1517-1586), por mencionar solo algunos⁹.

Algo más de treinta años después de la publicación de los elogios de Arlenio, moría en Madrid Diego Hurtado de Mendoza. Su biblioteca fue inventariada y, siguiendo el expreso deseo de quien fuera su propietario, pasó a manos de Felipe II, quien la destinó casi de inmediato a ser integrada en la colección que en esos años se estaba constituyendo en la Biblioteca del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial¹⁰.

En el inventario, según la copia que hoy conocemos¹¹, se incluyen cuatro volúmenes que se describen como *Herbarium cum herbis ipsis adfixis quatuor tomis* y aparecen dentro de los *Medici*

⁷ Josephus, F.: *Iudaikēs archaiologias logoi 10 ... Opera*, Basilea, H. Froben y N. Episcopus, 1544, “Ad clarissimum ac illustrissimum Diegum Hurtadum Mendoza”, f. *2r-v. Sobre Arlenio y su relación con don Diego, cf. González Palencia y Mele, *op. cit.*, pp. 257-259; y Hobson, A.: *Renaissance Book Collecting: Jean Grolier and Diego Hurtado de Mendoza, their Books and Bindings*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, pp. 70-92.

⁸ Gessner, C.: *Bibliotheca universalis*, Zurich, apud Christophorum Froschouerum, 1545. Sobre la estancia veneciana de Gessner y la visita a la biblioteca del embajador español, cf. Sabba, F.: *La Bibliotheca universalis di Conrad Gesner: monumento della cultura europea*, Roma, Bulzoni, 2012, pp. 83-105; Nelles, P. “Conrad Gessner and the Mobility of the Book: Zurich, Frankfurt, Venice (1543)”, en Bellingradt D. y otros (eds.), *Books in Motion in Early Modern Europe. Beyond Production, Circulation and Consumption*, Cham, Palgrave MacMillan, 2017, pp. 39-66: 56-58, 61; y Gulizia, *op. cit.*, 196-198.

⁹ Palencia y Mele, *op. cit.*, pp. 209-210; 267-274.

¹⁰ Sobre la biblioteca de El Escorial como lugar de convergencia de diversos proyectos culturales, cf. Bouza Álvarez, F.: “La biblioteca de El Escorial y el orden de los saberes en el siglo XVI en la Corte de Felipe II”, en Checa Cremades, F. (dir.), *El Escorial, arte, poder y cultura en la corte de Felipe II*, El Escorial, Universidad Complutense de Madrid, 1988, pp. 81-89; Portuondo, M.: “The Study of Nature, Philosophy, and the Royal Library of San Lorenzo of the Escorial”. *Renaissance Quarterly*, 63 (2010), pp. 1106–1150; Gonzalo Sánchez-Molero, J. L.: “Felipe II y el desarrollo de la Biblioteca Humanística de El Escorial”, *Studia Borromaiica: Saggi e documenti di storia religiosa e civile della prima età moderna* 19 (2005), pp. 139-190. Sobre la integración de la biblioteca mendocina en las colecciones escorialenses, cf. Andrés, *op. cit.*, pp. 238-240.

¹¹ Publicada por Andrés, *op. cit.*, pp. 253-323.

manuscripti latini, precedidos de los opúsculos médicos de Arnau de Vilanova y seguidos de una *Historia herbarum*, un *Liber de remedia* y una copia del *Receptarium* de Pietro de Tossignano. De hecho, cuatro volúmenes encuadernados en piel de becerro, con una encuadernación que coincide con la de la mayoría de los volúmenes de la biblioteca de Diego, se encuentran en la actualidad en la biblioteca de El Escorial¹². Contienen casi seiscientas hojas de herbario con algo más de novecientas cincuenta plantas secas, prensadas y fijadas en papel italiano y, en un proceso posterior, encuadernadas. Cada volumen comienza con una hoja que contiene un índice manuscrito e incluye el nombre de su propietario: Diego Hurtado de Mendoza. Nombre que se repite también en alguna de las hojas que tienen plantas secadas y fijadas al papel¹³.

Los índices son de dos tipos: alfabéticos, según el nombre de las plantas que se pueden encontrar en el volumen, o topográficos, siguiendo el orden en que se presentan las plantas en el volumen. No todos los volúmenes tienen ambos tipos de índice y no todas las plantas existentes en los herbarios están indexadas¹⁴. Además, al final del volumen segundo se haya encuadernado otro herbario que se distingue por dos características significativas: las hojas de papel son de un tamaño inferior (en cuarto) y contiene varias plantas prensadas, secadas y encoladas en la misma página, hasta cinco en algunos casos, al contrario de lo que ocurre en el resto de este volumen y en los otros tres, cuyas páginas son de tamaño folio y, con escasísimas excepciones, contienen una única planta en cada hoja de papel. Este herbario menor de tamaño, pero denso en ejemplares conservados, podría tratarse de un herbario ‘de campo’ destinado –y quizá comenzado a elaborar– a ser llevado durante las salidas al campo o al monte para reconocer y herborizar especímenes. Este hecho, sumado a otros rasgos morfológicos, nos lleva a utilizar el plural y hablar de los herbarios de Diego Hurtado de Mendoza, ya que la apariencia de unidad producida por la encuadernación uniforme de los pliegos parece deberse a una creación posterior, quizás de cuando todos ellos ingresaron definitivamente en la biblioteca del embajador. Otros indicios, como decimos, apuntarían en la misma dirección; por ejemplo, la intervención de varias manos en las anotaciones y el hecho de que la encuadernación se realizara claramente después de la escritura en la página. Indicios de esto último son la colocación invertida de algunas páginas –es el caso ya citado de *Lavandula*– y el que la planta o parte de la anotación manuscrita que la

¹² Real Biblioteca del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial (en adelante, RBME), Mesa, 25-I-11-14.

¹³ Por ejemplo, en *Lavandula*, RBME, Mesa, 25-I-12, f. 104.

¹⁴ Una descripción más detallada de los volúmenes y sus índices ha sido ofrecida por Carrión, M.M.: “Planted Knowledge. Art, Science, and Preservation in the Sixteenth-Century Herbarium from the Hurtado de Mendoza Collection in El Escorial”, *Journal of Early Modern Studies*, 6.1, 2017, pp. 47-68: 56-60.

acompaña queden a veces ocultas parcialmente por la encuadernación, como ocurre en el caso de *Smilax hortense Indica*, por citar uno de los ejemplos más claros¹⁵.

En cuanto a la autoría y origen de los ejemplares, las anotaciones sobre los mismos pliegos son, de momento, las únicas pistas que tenemos para sostener nuestras conjeturas¹⁶. Como hemos mencionado, estas anotaciones fueron hechas por más de una mano, incluso a veces podemos encontrar dos o más notas escritas por diferentes manos en la misma página. Son ochenta y tres las hojas que contienen anotaciones que vayan más allá del nombre de la planta junto a la que se realizan. Alrededor de cincuenta de estas notas incluyen también indicaciones sobre la identificación, el uso de la planta o referencias de autores clásicos (principalmente Dioscórides, Plinio, Galeno y Teofrasto), autores medievales (Mesue, Avicena, Matteo Selvatico, Pietro de' Crescenzi) y autores "modernos" (el adjetivo es el que aparece en el original) como Jean Ruel o Leonhart Fuchs, aunque no siempre aparecen citados por sus nombres¹⁷. En ocasiones, la anotación recoge el nombre que recibe la planta tanto en el latín de la fuente clásica como en algunas lenguas vulgares, principalmente español e italiano¹⁸. En una docena de casos, la anotación menciona el origen de la planta o las personas consultadas para su identificación. Estos casos nos permitieron establecer la fabricación romana de al menos una parte sustancial de los herbarios, sobre la que volveremos más adelante.

El lugar de los herbarios en la biblioteca de Diego Hurtado de Mendoza.

En esa suerte de biblioteca idealizada que dibuja la ordenación del inventario llevado a cabo en el momento del ingreso de los libros y manuscritos del noble granadino en El Escorial, la ya referida posición de los herbarios entre los *Medici manuscripti latini* podría explicarse por la lengua más usual (el latín) en las anotaciones que acompañan a las plantas¹⁹. Pero la posición específica de los herbarios dentro de los manuscritos médicos también puede tomarse como un reflejo de una concepción terapéutica de la naturaleza, que definen en parte los posibles usos médicos de

¹⁵ *Smilax hortense Indica*, RBME, Mesa, 25-I-14, f. 70.

¹⁶ De algunas dimos cuenta ya en: Andretta, E. y Pardo-Tomás, J.: "Books, plants, herbaria: Diego Hurtado de Mendoza and his circle in Italy (1539-1554)", *History of Science*, 58 (1), 2020: 3-27.

¹⁷ Un ejemplo elocuente es la anotación de *Eupatorio*, donde encontramos la copia del capítulo 39 del libro 4 del tratado de Dioscórides y, a continuación, lo escrito por un "Doctor modernus": RBME, Mesa, 25-I-13, f. 111.

¹⁸ A veces, solo en italiano, como en *Prezemolo*, RBME, Mesa, 25-I-13, f. 124. Pero en otras, al castellano se suma el catalán, tal y como ocurre (aunque en la versión castellanizada) con "Lidón Valentia", en *Lotus Plinii*, RBME, Mesa, 25-I-14, f. 59.

¹⁹ Andrés, *op. cit.*, pp. 248-249: "Medici manuscripti latini".

muchas de las plantas desecadas y fijadas a las hojas de papel a lo largo de los cuatro tomos²⁰. Por eso quizá conviene detenerse un poco en lo que podríamos llamar el ecosistema de manuscritos médicos latinos donde se colocaron idealmente los herbarios. La lista consta de un total de treinta títulos, que contienen escritos de diversos géneros médicos, desde prescripciones terapéuticas a tratados de cirugía, pasando por comentarios al corpus hipocrático, o a obras de Galeno, Avicena y Razes. Pero el predominio corresponde sin ninguna duda a los tratados sobre los simples medicinales, es decir, lo que en la época se denominaba propiamente *materia medica*. Diversos indicios basados en la información disponible acerca de la prolongada estancia italiana de Diego Hurtado de Mendoza, nos llevan a pensar que la mayor parte de estos manuscritos médicos latinos fueron adquiridos por el embajador, en Roma y en Venecia, entre 1539 y 1554. La misma coyuntura espacio-temporal en la que probablemente se produjeron buena parte de las hojas de los herbarios, lo que vincularía aún más estrechamente estos objetos con el núcleo de los manuscritos médicos latinos en el microcosmos de la biblioteca al entrar en la que sería su morada definitiva.

El predominio de tratados de *materia medica* en los manuscritos médicos latinos, se vuelve abrumador en la sección de manuscritos árabes. Aquí encontramos una entrada –*Dioscórides cum figuris herbarum depictis et duobus quaternionibus herbis affixis*– que sugiere que los herbarios de los cuatro volúmenes que estamos presentando aquí no fueron los únicos en posesión del coleccionista granadino. Lamentablemente, de momento, no se ha podido establecer si este otro volumen se ha conservado o si forma parte de los que desaparecieron de El Escorial tras el incendio de 1671²¹.

Si consideramos la biblioteca médica en su conjunto, reuniendo los diversos *medici manuscripti* inventariados según la lengua en la que fueron escritos, no cabe duda de que el *De simplicibus medicamentis* de Galeno, en diferentes versiones de diferentes comentaristas es el más frecuente entre los tratados de simples medicinales, a juzgar por los títulos que da el inventario, no siempre completos o explícitos. Tras ese tratado de Galeno, encontraríamos el de Al Baytar y, en tercera posición, el de Dioscórides. Este aparece tanto entre los manuscritos griegos (en tres ocasiones) como entre los árabes, donde, además del ilustrado con figuras y con plantas encoladas ya citado, hay otros dos, uno de ellos, *cum herbis depictis coloribus*, que indicaría la

²⁰ Rieder Ph. y Zanetti F. (dirs.), *Materia medica. Savoirs et usages des médicaments aux époques médiévales et modernes*, Genève, Droz, 2018, cf. en particular la introducción y la bibliografía allí citada.

²¹ Esperemos que las condiciones de acceso y reproducción del material para todos los investigadores hayan cambiado, aprovechando así plenamente el enorme acierto que ha supuesto la reproducción fotográfica de los cuatro tomos en fotografías de altísima calidad.

existencia de un texto ilustrado y coloreado. El volumen total de manuscritos, en latín, en griego, así como en árabe, que podrían ubicarse en este campo de saberes es considerable. En el inventario, aparecen mayoritariamente dentro de las obras de medicina, pero también algunos pocos se clasificaron entre las de filosofía. De hecho, muchos de estos textos contienen conocimientos relacionados con la medicina, pero también con la descripción de objetos pertenecientes a los tres reinos de la naturaleza. En ese momento, como sabemos, estos objetos estaban situados en la frontera siempre porosa y difusa entre la *historia naturalis* y la *materia medica* en las denominaciones coetáneas²².

Sin abandonar este territorio de saberes compartidos o en disputa, merecen un comentario especial los lapidarios que encontramos en diversas entradas del inventario, descritos y ubicados de diversas formas, atendiendo al idioma en el que estaban escritos. Así, entre los manuscritos latinos, aparece un *De mineralibus et lapidus liber*; mientras que entre los manuscritos castellanos figura un *Lapidario de la propiedad de las piedras, en pergamino antiguo iluminado con los colores de las piedras y figuras de las constelaciones a las que son sujetas*, seguido de *El mismo libro trasladado del dicho lapidario pero éste sin pinturas*, más *Otro lapidario de la naturaleza de las piedras y virtudes de ellas*; entre los manuscritos árabes, está un *Lapidarius et de simplicibus*. A todos ellos habría que añadir los tres tratados que figuran entre los libros impresos, todos ellos de Georgius Agricola (1490-1555): el *De animantibus subterraneis* y el *De natura fossilium*, de 1549, y el archiconocido *De re metallica*, de 1556, todos ellos impresos en Basilea por Froben.

Parece evidente que el interés por las propiedades medicinales de las producciones de los tres reinos de la naturaleza llevaba a la lectura de los tratados de simples medicinales, comenzando por el texto canónico en la materia, el galénico *De simplicium medicamentorum temperamentis et facultatibus* y su compleja transmisión a través de la medicina árabe²³. Como llevaba también a establecer una estrecha relación entre los lapidarios y los herbarios. Sin embargo, en el caso de Hurtado de Mendoza, además, hay que añadir su condición de coleccionista interesado por acumular *naturalia* y *artificialia* que dieran cuenta tanto de su curiosidad filosófica como del poderío económico y político que le posibilitaba esa acumulación, exhibida de continuo ante los componentes de su círculo, así como ante prelados, diplomáticos y cortesanos, en Italia primero y

²² Findlen, P.: *Possessing Nature. Museums, collecting and scientific culture in early modern Italy*, Berkley-London, 1994, pp. 241-261; Cook, H.: "Physicians and Natural History," en Jardine, N., Secord, J.A., Spary, E. (eds): *Cultures of Natural History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 91-105; Pardo Tomás, José, "Médecine et histoire naturelle. Francisco Hernández au Mexique ou le médecin voyageur comme historien de la nature du Nouveau Monde, 1570-1577", dans *Médecine et médecins dans l'économie des savoirs*, p. 77-97.

²³ Martelli, M., Petit, C., Raggetti, L. (eds.), "New Perspectives on Galen's Treatise On Simple Drugs and the History of Pharmacology", *Archives Internationales d'Histoire des Sciences* (número monográfico), 70, n. 184-185 (2020).

en España después. Para comprender mejor el significado del herbario y su posición en la biblioteca de don Diego, es necesario examinar más de cerca la trayectoria vital e intelectual de su propietario.

Diego Hurtado de Mendoza, perfil político e intelectual de un coleccionista.

Diego Hurtado de Mendoza nació en la Alhambra de Granada, donde era Alcaide su padre, don Lñigo López de Mendoza (1440-1515), segundo conde de Tendilla y primer marqués de Mondéjar. Junto con sus hermanos, recibió una primera educación humanística bajo la dirección de Pedro Mártir de Anglería (1457-1526). Sus estudios continuaron después, primero en España, en las universidades de Granada y Salamanca, y luego en diversos lugares de Italia, entre ellos, probablemente, la universidad de Padua. Tras entrar al servicio de Carlos V, participó en la reconquista de Túnez en 1535 y siguió al emperador durante su viaje por Italia hasta la entrada triunfal a Roma²⁴. Regresó bien pronto a Italia, ya que en 1539 lo encontramos en Venecia como embajador de Carlos V, cargo que ostentó hasta 1546, cuando pasó como embajador imperial a Roma, condición que mantuvo hasta 1554²⁵. En 1554, regresó definitivamente a España, donde residió, en parte en la corte y en parte en Granada; allí, participó en la represión de la revuelta de las Alpujarras, hecho sobre el que escribió una importante crónica²⁶.

A lo largo de esta articulada trayectoria biográfica, Hurtado de Mendoza dividió su tiempo entre actividad política e intelectual, entre *negotium* y *otium*, entre guerra en verano y estudios en invierno, como recordaba Ambrosio de Morales en su dedicatoria. Es precisamente esta implicación directa en sus estudios lo que da como resultado una biblioteca que constituye un lugar real de trabajo, tanto para él como para las personas de su círculo, pero también una

²⁴ Visceglia, M.A., "Il viaggio cerimoniale di Carlo V dopo Tunisi", *Dimensioni e problemi della ricerca storica*, 2 (2001), pp. 5-50.

²⁵ Sobre la estancia italiana de Don Diego, véase de Bunes Ibarra, M. Á.: "Carlos V, Venecia y la sublime puerta: la embajada de Diego Hurtado de Mendoza en Venecia », in Martínez Millan (coord.), *Carlos V y la quiebra del humanismo político en Europa (1530-1558)*" (Madrid, 3-6 de julio de 2000), Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2001, I, pp. 591 – 617 y Pastore, S: "Una Spagna anti-papale? Gli anni italiani di Diego Hurtado de Mendoza", *Roma moderna e contemporanea*, 15 (2007), pp. 63-94.

²⁶ La obra no fue impresa hasta 1627: Hurtado de Mendoza, D.: *Guerra de Granada hecha por el rei de España don Philippe II, nuestro señor contra los Moriscos de aquel reino, sus rebeldes [...]*, Publicada por el licenciado Luis Tribaldos de Toledo, Lisboa, Por Giraldo de la Viña, 1627.

colección de objetos, elegidos y atesorados personalmente, lo que le distingue de otros coleccionistas aristocráticos activos en las décadas centrales del siglo XVI²⁷.

La biblioteca ciertamente jugó un papel importante también en la vida política del granadino. No solo fue un lugar de producción de una cultura política sino también de exhibición de poder frente a prelados, diplomáticos, cortesanos, tanto en Italia como en España. Bastaría el ejemplo de lo ocurrido en Trento para entender esta dimensión. Como es sabido, durante su estancia en Trento, en la época de la apertura del Concilio, fue la colección de libros del embajador imperial, transportada de Venecia a Trento, la que permitió a los Padres del Concilio zanjar cuestiones teológicas controvertidas. La biblioteca, sin embargo, fue sobre todo el espacio de su *otium* intelectual. Un espacio que se enriqueció y se materializó en función de las diversas etapas de su vida y de sus intereses específicos en cada una de ellas. El estudio del árabe, probablemente realizado desde su juventud en Granada, le llevó a investigar manuscritos árabes, primero en España y luego en el norte de África durante la expedición de Carlos V a Túnez, donde su talento intelectual también fue reconocido por el rey de Túnez, que le dio unos preciosos manuscritos de su biblioteca. Fue su pasión por el griego lo que lo empujó a traer manuscritos de Grecia a Turquía y encontró un terreno fértil para el desarrollo durante el período de sus embajadas italianas, pero sobre todo la veneciana, como es lógico, ya que Venecia fue de hecho el principal centro europeo para encontrar manuscritos griegos que llegaban a través de las posesiones de ultramar de la República Serenísima. Fueron también los momentos de máximo desarrollo de la colección de manuscritos latinos de Hurtado y el período en el que se midió con la producción filosófica, médica y naturalista de la época, como lo demuestran las numerosas obras de autores contemporáneos y el ingreso masivo de libros impresos.

La biblioteca de Diego estaba lejos de ser un lugar cerrado, un *hortus conclusus*. Era un espacio abierto y colectivo en más de un sentido. En primer lugar, fue el resultado de un gran esfuerzo realizado no solo por el embajador, sino también por su bibliotecario el ya mencionado Arlenio y por una red de agentes de libros, copistas y encuadernadores. También era un lugar muy concurrido, pues, como ya hemos visto, varias fuentes atestiguan que el embajador dio acceso a los tesoros de su biblioteca con gran liberalidad. Finalmente, y este es un punto importante para

²⁷ Sobre el coleccionismo español en el siglo XVI, la bibliografía es extensa y en continuo crecimiento en los últimos años. Cf. las obras ya clásicas de Morán Turina, J.M. y Checa Cremades, F.: *El coleccionismo en España de la cámara de maravillas a la galería de pinturas*, Madrid, Cátedra, 1985 y Checa Cremades, F. *Felipe II mecenas de las artes*, Madrid, Nerea, 1993. De los mismos autores, más recientemente: Morán Turina, J.M. *La memoria de las piedras. Anticuarios, arqueólogos y coleccionistas de antigüedades en la España de los Austrias*, Madrid, Centro de Estudios Europa Hispánica, 2010 y Checa Cremades, F. *Los "libros de entregas" de Felipe II a El Escorial*, Madrid, Patrimonio Nacional D.L., 2013; véase también Vázquez Manassero, M.A.: *El "yngenio" en palacio: arte y ciencia en la corte de los Austrias (ca. 1585-1640)*, Madrid, Fundación Juanelo Turriano, 2018.

comprender el significado de los herbarios dentro de esta colección, la biblioteca fue un lugar no solo de conservación sino también de producción de conocimiento, con frecuencia en conexión con otros espacios.

El estudio del mundo natural, del cual los herbarios son una emanación importante, constituye un observatorio privilegiado sobre estas prácticas de producción colectiva de conocimiento que conectan diferentes espacios y medios. Centrémonos rápidamente en dos momentos del período italiano de Hurtado de Mendoza, porque probablemente también fueron los de la realización de los herbarios: su estancia en Trento (1545-1546) y los años que pasó en Roma (1547-1554).

En Trento, junto con otros eruditos españoles e italianos, el legado imperial había formado una academia autodenominada "aristotélica", que celebraba sus reuniones durante el tiempo de inactividad del Concilio. Tanto en el campo de la medicina como en el de la anatomía, las sesiones de la academia alternaron entre experiencias "de campo" –herborizaciones y disecciones– y relecturas de autoridades clásicas: además de, por supuesto, Aristóteles, en especial sus tratados sobre los animales, Hipócrates y Galeno para la anatomía humana, Teofrasto y Dioscórides para las plantas y animales²⁸. Más tarde, durante su estancia en Roma, el embajador continuó siendo el anfitrión de un círculo intelectual que alternaba momentos de estudio filológico con observaciones de ejemplares de *naturalia* (plantas, animales y minerales), pero también de *artificialia*, en especial, antigüedades, que tanto abundaban en el subsuelo de la ciudad. En el particular espacio romano, se llevaron a cabo comparaciones y cotejos entre los manuscritos de la biblioteca de Hurtado de Mendoza con los conservados en otras bibliotecas privadas de la ciudad y en la misma biblioteca vaticana. El conocimiento filológico así producido, tanto en el campo de la filosofía natural y la historia natural como en el de la historia antigua, se comparó con la experiencia directa adquirida sobre el terreno, tanto en el espacio urbano como en la campiña romana²⁹.

Es la biblioteca de Diego el espacio que encarna la multiplicidad de estas experiencias y prácticas epistemológicas. Dentro de este *lieu de savoir*³⁰ que era la biblioteca, sus usuarios encontraban conviviendo libros, manuscritos, productos naturales, objetos artísticos y antigüedades. De nuevo, en este punto del análisis, hay que recordar la condición de Diego como

²⁸ Andretta, E.: "Medical culture of "the Spaniards of Italy" in the Renaissance. Scientific communication, learned practices and medicine in the correspondence of Juan Páez de Castro (1545-1552)", en Slater, J., López Terrada, M.L., Pardo-Tomás, J.(eds.): *Medical cultures of the early modern Spanish empire*, Farnham, Ashgate, 2014, pp. 129-145.

²⁹ Andretta, Pardo-Tomás, *op. cit.*

³⁰ Jacob, Ch. (ed.), *Les lieux de savoirs. I: Espaces et communautés. II: Les mains de l'intellect*, París, Albin Michel, 2007 y 2011.

coleccionista, interesado en acumular *naturalia* y *artificialia* que reflejaran, por un lado, su curiosidad filosófica y, por el otro, su poder económico y político, que hacía posible esta acumulación y que derivaba tanto de su posición familiar y social como de su voluntad de intervención político-cultural.

No cabe duda de que el acopio de manuscritos e impresos de diversas materias y lenguas formaba parte de la pasión por coleccionar y respondía a esa misma doble finalidad, pero la posesión de esa magnífica biblioteca era también un instrumento indispensable para el examen, identificación y ordenación de los materiales acumulados en la propia colección. Evocaremos aquí tres ejemplos que nos pueden servir para entender a qué nos referimos³¹.

El primer ejemplo trata de fósiles. En las cartas que Hurtado de Mendoza mandaba a Granvelle³² o a su prima doña Mencía de Mendoza³³. Hablando de cierto tipo de objetos 'minerales', en donde se mezclaban casi indistintamente fósiles y conchas, aparecidos en Nápoles durante las fortificaciones de Gaeta, queda claro que el interés de los corresponsales no se limitaba a la mera curiosidad del coleccionista; de hecho, como recordaba José Miguel Morán Turina, Hurtado de Mendoza "empezó a redactar un escrito sobre las conchas y la formación de los fósiles de animales terrestres y acuáticos que se hallaron en lo más hondo de aquella excavación"³⁴.

El segundo ejemplo no abandona el reino de lo 'mineral', pero traslada el foco a los jades mexicanos. Es también Morán Turina quien ha recordado cómo el médico judío portugués Amato Lusitano (1511-1568) contaba en uno de sus comentarios al tratado de Dioscórides que, estando él en Venecia, el embajador imperial le había ayudado con el análisis de "piedras desconocidas de color verde que había entre sus ídolos mexicanos"³⁵.

El postrer ejemplo se refiere a unos objetos artísticos elaborados a partir del mineral conocido como espinela o ceilanita. En el inventario de los bienes de Hurtado de Mendoza redactado a su

³¹ Los dos primeros los tomamos de Morán Turina, *op. cit.*; el tercero, de la documentación notarial sobre la testamentaría de Diego Hurtado de Mendoza que se conserva en el Archivo Histórico de Protocolos de Madrid (en adelante, AHPM, 494), Protocolo 494, f. 862.

³² Van Durme, M.: "Notes sur le correspondance de Granvelle conservée a Madrid", *Bulletin de la Commission Royale d'Histoire*, 121, 1956, pp. 26-83.

³³ Hasta su muerte en 1554, Mencía intercambió con su primo joyas, monedas, estatuas y camafeos; en su testamento, que data de 1535, le legaba "todas las medallas antiguas [...] e piedras esculpidas e grabadas así las que estuvieran en sortijas como todas las otras antiguallas de cobre y metal", además de sus libros, entre los que se encontraba el *Codex Escorialensis*, cf. Moran Turina, *op. cit.* pp. 127-128. Sobre el "Codex Escorialensis", libro de dibujos de antigüedades romanas (sobre todo esculturas y pinturas) compuesto en Roma en la última década del siglo XV por un grupo de artistas -cuya identidad se haya todavía en discusión- y trasladado a España en la primera del siglo XVI, véase: Marías, F.: "El "Codex Escorialensis" problemas e incertidumbres de un libro de dibujos de antigüedades del último *quattrocento*", *Reales Sitios: Revista del Patrimonio Nacional*, 163 (2005), pp. 14-35.

³⁴ Morán Turina, *op. cit.*, pp. 314-315.

³⁵ *Ivi*, p. 315.

muerte, junto a diversas entradas referidas a estatuas y camafeos, encontramos una sobre dos espinelas "grabadas una con una Ceres y otra con un Adriano que se reposa sobre el sceptro, dicen que de valor de mill ducados, las cuales están en mi cámara"³⁶; un ejemplo significativo de cómo determinados objetos que representaban el traspaso de objeto natural a objeto artístico ocupaban un lugar preeminente en las posesiones del estudioso y del coleccionista, y que además eran considerados valiosos, como lo demuestra el alto precio en que se tasaron.

Por eso no cabe duda de que se consideró de interés el estudio de la materia prima con la que se elaboraban el mármol de las estatuas, las piedras preciosas de los camafeos o los minerales sobre los que estaban grabadas las figuras mitológicas romanas. Desde esta perspectiva, cobra todo el sentido la presencia en la biblioteca de manuscritos como los lapidarios, algunos ilustrados, escritos en latín, árabe o español, como ya hemos visto; además, por supuesto, de la adquisición casi inmediata a su salida de la imprenta de los ya citados tratados del coetáneo Agricola, autor clave para conocer el estado de la cuestión acerca del estudio del mundo mineral en las décadas centrales del Quinientos.³⁷

Así pues, aunque la historiografía ha prestado mucha mayor atención a los *artificialia* (de manera muy especial a las antigüedades romanas) que a los *naturalia*, no faltan testimonios del trasiego de objetos y libros para estudiar la historia natural en la biblioteca de Diego Hurtado de Mendoza. En estos, los herbarios, si bien deberían haber ocupado un lugar preeminente, han estado clamorosamente ausentes³⁸.

Los herbarios de Diego Hurtado de Mendoza como 'artefacto natural' e instrumento de saber.

Los herbarios deben ser considerados dentro de este horizonte y en relación con estas prácticas específicas de elaboración de un saber relacionado con el conocimiento y la comprensión de la naturaleza. Los herbarios fueron uno de los productos –y quizás uno de los más significativos– de

³⁶ AHPM, protocolo 494, f. 826v.

³⁷ Ernsting, B. (ed.) *Georgius Agricola. Bergwelten 1494-1994*, Essen: Edition Glückauf, 1994; Doris Oltrogge, "Writing on pigments in natural history and art technology in sixteenth-century Germany and Switzerland", in *Early Science and Medicine*, vol. 20, no. 4/6, 2015, p. 335-57.

³⁸ Hasta la aparición del artículo de Carrión, *op. cit.*, seguido del nuestro: Andretta, Pardo-Tomás, *op. cit.* contábamos solamente con la breve mención del libro de López Piñero, J.M y Pardo-Tomás, J: *La influencia de Francisco Hernández (1515-1587) en la constitución de la botánica y la materia médica modernas*, Valencia, Instituto de Estudios Documentales e Históricos sobre la Ciencia, Universidad de Valencia, C.S.I.C., 1996, p. 26, repetida sin más por algún que otro autor posterior.

los años italianos de Hurtado de Mendoza, que, como hemos visto, fueron cruciales para la expansión de la biblioteca y, más en general, de sus horizontes intelectuales.

La hipótesis del origen romano de los herbarios tiene su prueba más sólida en los comentarios escritos en esa docena de casos que mencionamos al principio de estas páginas. Este hecho nos permite establecer la cronología aproximada, durante la estancia de Mendoza en Roma, entre 1547 y 1554. Quizás con algún aporte de los siete años anteriores, durante la etapa veneciana y tridentina del embajador y su séquito. Este séquito incluía, entre otros, al ya mencionado Juan Páez de Castro, en cuya correspondencia desde la ciudad pontificia encontramos también pruebas de sus trabajos con los textos de Plinio, Teofrasto, Dioscórides y de sus prácticas naturalistas sobre el terreno. La producción de los herbarios mendocinos se vincula así con la geografía urbana de Roma, que –una vez más– se muestra como un espacio fundamental en la creación de conocimiento a través de prácticas en la intersección de textos y la manipulación de especímenes animales, minerales o vegetales³⁹.

Examinaremos ahora alguno de estos testimonios explícitos de una factura romana de los pliegos de herbario en donde se hallan las notas que prueban que la observación, recolección o examen de varios ejemplares prensados y encolados en el papel se realizaron en lugares específicos de Roma y sus alrededores.

El primero es el ejemplar de *Lazarolus*, que –no por casualidad– abre el primer volumen de los herbarios encuadernados en la biblioteca de Hurtado de Mendoza⁴⁰. Las anotaciones de diferentes manos discuten la identificación de la planta; en concreto, si se trata de una especie atribuible al género *Mespilus* (el de los nísperos). Lo hacen a partir de una fuente clásica: un pasaje del tercer libro de *De plantarum historia* de Teofrasto, una de las obras clásicas estaba en manos de Páez de Castro en su estudio romano, según consta en su epistolario⁴¹. A la disquisición libresca, los comentaristas añaden una información definitiva, derivada de su experiencia directa al recolectar el espécimen. Primero, dan una indicación de lugar genérica: *Lazarolus* abunda en el campo napolitano. Luego de esto, afirman que la planta comienza a cultivarse en Roma. Y, finalmente, especifican los datos concretos sobre el lugar donde habían observado –y, se deduce,

³⁹ Falta un estudio en profundidad de la Roma del Quinientos como espacio de fabricación y circulación de saberes naturalísticos. Algunas indicaciones al respecto se encuentran en Andretta, E. y Brevaglieri, S.: “Storie naturali a Roma tra Antichi e Nuovi Mondi. Il Dioscorides di Andrés Laguna e gli Animalia Mexicana di Johannes Faber”, *Quaderni storici*, 142.1 (2013), pp. 43-87; Romano, A.: “Les échelles de Rome: une nouvelle grammaire du monde entre l’ancien et l’inconnu à la Renaissance”, in Romano A. y Sebastiani S. (eds.), *La forza delle incertezze. Dialoghi storiografici con Jacques Revel*, Bologna, Il Mulino, 2015, pp. 311-351; y Brevaglieri, S.: *Natural desiderio di sapere. Roma barocca fra vecchi e nuovi mondi*, Roma, Viella, 2019.

⁴⁰ RBME, Mesa, 25-I-11, h. 1.

⁴¹ Domingo Malvadi, op. cit. p. 381.

recolectado— el ejemplar que aparece pegado en la hoja de papel: la *vigna* ubicada en el beneficio romano de Grottaferrata. El lugar fue parte de la herencia recibida por Pompeo Colonna, cardenal, *condottiero* y virrey de Nápoles y que, tras la muerte de Pompeo, se adscribió, expropiada como el resto de sus posesiones, a la Cámara Apostólica.

Un segundo ejemplo es la anotación escrita entre dos hojas de ruibarbo prensadas y encoladas en un pliego encuadrado en el mismo volumen que el *Lazarolus*⁴². En este caso, la nota nos informa que las hojas de ruibarbo proceden del ejemplar que creció a partir de 1538 en el jardín romano del palacio del cardenal filoimperial Alessandro Cesarini, en San Pietro in Vincoli. No es el único caso (aunque sí algo más significativo por añadir precisión cronológica sobre la aclimatación de la planta en un jardín romano) en que las posesiones cardenalicias de Roma — palacios, bibliotecas, jardines o *vigne*— juegan un papel central en la producción de los pliegos de los herbarios del embajador imperial.

Los últimos ejemplos que especificaremos aquí se refieren a un espacio de saberes y prácticas médicas que resulta crucial en el ambiente romano de los estudiosos de la naturaleza en las décadas centrales del siglo XVI: el hospital Santa Maria della Consolazione. El hospital había sido fundado en 1505 a partir de la fusión de tres hospitales romanos medievales preexistentes: Santa Maria delle Grazie, Santa Maria in Portico y el de Santa Maria della Consolazione, propiamente dicho. Gestionado a partir de la fusión por la *Compagnia delle Grazie e della Consolazione*, estaba situado cerca de los foros romanos, en medio de un barrio lleno de talleres artesanos y se destinó principalmente a la atención de personas con lesiones y traumatismos.

El hospital de la *Consolazione* aparece mencionado en varios pliegos en los herbarios. Por ejemplo, en *Pucelaga vulgo iutor*, en donde junto al ejemplar, en la parte inferior derecha, junto al extremo del tallo, se anota la presencia de la planta en *Sta Maria de Consolatione*. Y es que el hospital romano estaba dotado de un huerto medicinal y su propia botica, en cuyo interior se preparaban recetas y se destilaban aguas medicinales. Un personaje fundamental en ese espacio que va de la botica al jardín y a las salas del hospital, en esos años centrales de la centuria, fue, sin duda, el médico flamenco Gisbert Horst (1492-1556), que cabe identificar con el *Doctor Gilbertus* que aparece mencionado en varias anotaciones de los pliegos de los herbarios⁴³. En ellos, Horst

⁴² RBME, Mesa, 25-I-11, h. 163.

⁴³ Sobre este médico holandés, cf. Egmond F. y Kusukawa, S.: "Circulation of Images and Graphic Practices in Renaissance Natural History: The Example of Conrad Gessner," *Gesnerus*, 73.1 (2016), pp. 29-72: 44-48. Diversas referencias a Horstius se encuentran en los comentarios de Andrés Laguna a la traducción en castellano del tratado de *materia medica* de Dioscórides: Laguna, A.: *Pedacio Dioscorides Anazarbeo acerca de la materia medica medicinal y de los venenos mortíferos*, Amberes, Juan Latio, 1555, pp. 23, 28, 573, entre otros.

aparece siempre como referencia de autoridad, como el experto que identifica o suministra información acerca del ejemplar presentado en el pliego⁴⁴.

Así pues, tras todo lo visto, parece seguro que las villas y jardines de la ciudad papal fueron, junto con la biblioteca del embajador imperial y otras colecciones de libros y objetos de Roma. Pero la biblioteca de Hurtado de Mendoza se nos presenta también como el lugar donde los herbarios –y los fragmentos de la naturaleza que contienen– encuentran una nueva vida. Porque la biblioteca es un espacio de elaboración del saber donde cobra su auténtico sentido ese peculiar artefacto que es un herbario, instrumento para el conocimiento de la naturaleza que –conviene destacarlo una vez más– es resultado de un trabajo colectivo⁴⁵.

Encuadrados como los demás volúmenes de la colección de Diego, con su escudo, fueron ordenados y clasificados como los demás libros. Con toda probabilidad, sin embargo, no fueron abandonados sin más en las estanterías, sino que continuaron siendo manipulados como instrumento de estudio, convirtiéndose en objeto de *ostensio* ante los visitantes de las colecciones del poeta y aristócrata granadino. Aunque transmutado a un ambiente de ciencia cortesana, no dejaba de asemejar a lo que ocurría con los simples recogidos en el campo y mostrados durante las lecciones de las cátedras universitarias (por cierto, recién creadas específicamente para ello en esos mismos años), donde la *ostensio simplicium* formaba parte del currículo de los futuros bachilleres, licenciados y doctores en medicina⁴⁶.

En el espacio de la biblioteca, junto con los lapidarios y manuscritos de *materia medica* que los flanquean, los herbarios de Hurtado de Mendoza constituyen otro ejemplo particularmente fecundo de la unión entre el mundo de los libros y el mundo de la naturaleza. Son, de hecho, las piezas de un mosaico complejo, el de una producción de conocimiento sobre la naturaleza que se construyó a través del estudio de sus clasificaciones y descripciones antiguas rescatado de los viejos códices y de la observación y recolección de especímenes vegetales y minerales, incluso en su versión ‘artificial’, manipulados por artistas coetáneos o rescatados durante los hallazgos arqueológicos del momento.

⁴⁴ *Thalictrum*, RBME, Mesa, 25-I-14, h. 19, *Colutra*, ivi, h. 23 y *Anagyris*, ivi, h. 69.

⁴⁵ De entre la reciente bibliografía sobre herbarios del siglo XVI, véase: Stefanaki, A., Thijsse, G., Van Uffelen, G.A., Eurlings, C.M. Van Andel: “The En Tibi herbarium, a 16th century Italian treasure”, *Botanical Journal of the Linnean Society*, 187.3 (2018), pp. 397-427; Nepi, C.: “Botanical Collecting, Herbaria and the Understanding of Nature”, en Convery, Ian y Davis, Peter (eds.) *Changing Perceptions of Nature*, Woodbridge: Boydell & Brewer, 2016: pp. 89-97; y Ijpelaar, L. y Chavannes-Mazel, C.A. (red.): *De Groene Middeleeuwen. Duizend jaar gebruik van planten (600-1600)*, Eindhoven, Lectoris, 2016.

⁴⁶ Sobre la enseñanza universitaria de los simples en el siglo XVI, cf. Egmond, F.: “Sixteenth-century university gardens in a medical and botanical context”, en Baldassarri, F., Zampieri, F. (eds.), *Scientiae in the History of Medicine*, Roma, L’Erma di Breitschneider, 2021, pp. 89-120 y la bibliografía allí

Los herbarios reflejan y reiteran una relación fuerte y directa entre el trabajo de campo (en el terreno naturalista o en el arqueológico) y la experiencia teórica; entre libro y fragmento de la naturaleza. Las colecciones de Hurtado de Mendoza, mantienen "vivos" en su interior estos diferentes lados del conocimiento; insertan el campo en la biblioteca; unen libros y objetos; encarnan conocimientos teóricos y prácticos. Por último, pero no menos importante, los herbarios vinculan lo natural y lo artificial, fruto de un complejo proceso de fabricación que combina las técnicas del jardinero y el naturalista con las de la artesanía del libro, las del herborista con las del artesano lapidario.

A modo de conclusión

Aunque la historiografía ha prestado mucha más atención a los objetos artísticos, a los productos artesanales y a las antigüedades romanas, la transferencia de especímenes naturales hacia los libros que los estudiaron es igualmente relevante para la cultura científica y artística de toda la Edad Moderna. Este notable desequilibrio se deriva principalmente del escaso diálogo en el pasado entre historiadores de la ciencia e historiadores del arte. Un hecho que ha creado una frontera entre lo "natural" y lo "artificial" dentro de las colecciones, incluso dos mundos independientes. Pero todo parece indicar que la situación fue precisamente la contraria. Por tanto, aún falta bastante trecho para alcanzar una nueva interpretación sobre la relación entre uno y otro tipo de conocimiento, y sobre lo que se deduce cuando ambos se relacionan en el espacio del gabinete y la biblioteca⁴⁷.

Es precisamente ahí donde los herbarios se convierten en un objeto privilegiado, porque son precisamente un artefacto hecho a partir de un objeto natural. El herbario es un instrumento de archivo y estudio, que nace como artificialización de la naturaleza realizada a través de un procedimiento colectivo, que es un cruce entre los saberes artesanos y el conocimiento libresco. Desde nuestra perspectiva, el herbario establece una estrecha relación entre la concepción de la naturaleza y la forma de estudiarla. El tipo de naturaleza que se obtiene mediante la manipulación artificial de la planta para su fijación al régimen tecnológico del herbario como instrumento para

⁴⁷En las dos últimas décadas, se han abierto perspectivas interesantes en esa línea. Véase, entre otras: Smith, P.: *The Body of the Artisan: Art and Experience in the Scientific Revolution*, Chicago, The University of Chicago Press, 2004; Ago, R. *Il gusto delle cose. Una storia degli oggetti nella Roma del Seicento*, Roma, Donzelli Editore, 2006; Long, P.: *Artisan/Practitioners and the Rise of the New Sciences, 1400-1600*, Corvallis, Oregon State University Press, 2011; Findlen, P. (ed.): *Early Modern Things: Objects and their Histories, 1500-1800*, London: Routledge, 2013; y el número monográfico dirigido por Favino, F. (a cura di): "Oggetti di scienza", *Quaderni Storici*, 44 (nº 130), 2009: pp. 3-212.

recolectar y estudiar la Naturaleza nos habla, fundamentalmente, de un método para generar conocimiento. Un método que incluía tanto la manipulación del objeto material como la anotación textual, basada en la consulta de los manuscritos e impresos de una biblioteca.

Los herbarios mendocinos nos ayudan a comprender y definir lo *artificial* y lo *natural* en ese preciso período histórico. Una cuestión importante en el acalorado debate filosófico de esas décadas centrales del siglo XVI. Por eso nos parece importante la relación que se establece en la biblioteca entre objetos de diversa índole, porque el espacio de la biblioteca evoca y reitera de alguna manera todos los demás lugares donde se elabora el conocimiento sobre el mundo natural. Esta concomitancia entre libros y objetos de la biblioteca⁴⁸ es pertinente para nuestro caso de estudio. Baste recordar el *Memorial al Rey Don Felipe II sobre Librerías*, escrito por Juan Páez de Castro⁴⁹, compañero inseparable de Hurtado de Mendoza en Trento y en Roma, y comprometido en las tareas de releer a Dioscórides, Teofrasto y Plinio, como hemos ya reseñado. Como el mismo Hurtado de Mendoza, que había avanzado hacia la historia natural a partir de la inquietud intelectual despertada por la lectura de la filosofía natural de Aristóteles, sus tratados sobre los animales y los de su discípulo Teofrasto sobre las plantas.

Si bien un cierto anacronismo lleva a la historia de la ciencia a proyectar regímenes de conocimiento que pertenecen a épocas posteriores, una biblioteca y algunas prácticas de campo como las de Hurtado de Mendoza y su círculo demuestran cómo la curiosidad intelectual se mueve con facilidad de las piedras preciosas a los fósiles, de comentar el *De anima* de Aristóteles a la disección de cadáveres y la vivisección de animales, de las esculturas clásicas encontradas en excavaciones arqueológicas a la tarea de herborizar en los jardines o en las colinas romanas para confeccionar pliegos de herbario. Este tránsito entre universales y particulares, que pasa de la especulación axiomática leída en el corpus de autoridades clásicas a las prácticas en el campo, en el jardín y en el gabinete, es lo que otorga a personas como Hurtado de Mendoza el estatus de *philosophe du terrain*⁵⁰. La posesión de herbarios creados —al menos en parte— durante su estancia romana es, en este sentido, la prueba más sólida de que no nos equivocamos en nuestra hipótesis sobre esta condición aplicada no solo a sus amigos y corresponsales humanistas, sino a él mismo.

Por otra parte, la convivencia en su biblioteca de volúmenes *cum herbis affixis* y manuscritos o impresos *cum figuris herbarum depictis* debería llevarnos también a reflexionar sobre esa cuestión

⁴⁸ Vázquez Manassero, *op. cit.*

⁴⁹ Existe una edición reciente: Juan Páez de Castro, *Una biblioteca para el rey*, Palma de Mallorca, José J. Olañeta Editor, 2020.

⁵⁰ Andretta, E.; Pardo-Tomás, J. “Philologues de terrain: chantiers pliniens en Espagne entre Vieux et Nouveaux Mondes (1541-1578)”, en Brancher, D. (ed.), *L'admirable greffier de nature. Héritages botaniques et zoologiques de Pline au XVIe siècle*, Ginebra, Droz [en prensa],

del pasaje –en las dos direcciones– de los universales a los individuales, aplicado al doble soporte físico de representación de las plantas: el grabado y el pliego de herbario. Porque este reconfigura y complica las relaciones entre el objeto natural y su representación, planteando la relación que se puede establecer entre el original seco y prensado con la intención última de preservar la apariencia de una planta viva, y la representación visual que se autoproclama *ad vivum*. Según especialistas de la cultura visual renacentista, en las décadas centrales del siglo XVI se está produciendo un denso catálogo de plantas dibujadas de diferentes lugares y autores, quienes tendían a reunir en una figura ‘ideal’ las características morfológicas típicas de una especie y no la forma particular que presenta un ejemplar concreto de espécimen en la naturaleza, a pesar de la continua afirmación de que la ilustración se realizaba *ad vivum*⁵¹. Por tanto, no hay que forzar demasiado el argumento para plantear que la interacción entre los manuscritos con pinturas de plantas, los libros impresos con sus grabados y los pliegos del herbario permite este paso de lo particular a lo universal y viceversa.

Si es posible realizar estas transiciones es debido a la existencia de una biblioteca-gabinete, como espacio de confluencia de instrumentos varios para la producción de saber acerca de la naturaleza. Hay textos que permiten conocer y barajar diversos enfoques de la naturaleza y de la relación entre universales e individuos. Las anotaciones en los herbarios de Hurtado de Mendoza nos brindan una buena prueba material que indica que esta reflexión no está del todo desencaminada. La biblioteca de Mendoza estaba equipada con todos los instrumentos para el estudio de la naturaleza que su propietario pudo alcanzar y que ofreció a los eruditos a quienes invitó a utilizarla. Este es el conjunto complejo y dinámico que nos permite comprender el auténtico lugar y el significado de los herbarios mendocinos que hoy reposan, junto a lo que queda de su biblioteca, en El Escorial.

⁵¹ Swan, C.: “Ad vivum, naer het leven, from the life: defining a mode of representation”, *Word & Image. A Journal of Verbal/Visual Enquiry*, 11.4 (1995), pp. 353-372; Kusukawa, S.: *Picturing the book of nature: Image, text and argument in sixteenth-century human anatomy and medical botany*, Chicago, University of Chicago Press, 2012. Egmond, E.: *Eye for detail: images of plants and animals in art and science, 1500-1630*, London, Reaktion Books, 2017; Marcaida López, J.R.: *Arte y ciencia en el Barroco español: historia natural, coleccionismo y cultura visual*, Sevilla, Fundación Focus-Abengoa, Madrid, Marcial Pons Historia, 2014. Marcaida, J.R.; Pimentel, J. “¿Naturalezas vivas o muertas? Ciencia, arte y coleccionismo en el Barroco español”, *Acta Artis. Estudis d'Art Modern*, 2, 2014: pp. 151-167.